

EL MITO DE LA DIOSA Y LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

M^a Teresa Rodríguez Álvarez
Primavera de 2009

“Soy la madre de la inmensa naturaleza, la dueña de todos los elementos, el tronco que da origen a las generaciones, la suprema divinidad, la reina de los mares, la primera entre los habitantes del cielo, la encarnación única de dioses y diosas, las luminosas bóvedas del cielo, los saludables vientos del mar, los silencios desolados de los infiernos, todo está a merced de mi voluntad, soy la divinidad única a quien venera el mundo entero bajo múltiples formas, variados ritos y los nombres más diversos”.

Parlamento de la diosa. APULEYO, el Asno de Oro.

Según los datos que disponemos, la conciencia se desarrolló partiendo de una primitiva orientación ginolátrica, matriarcal y mágica, hacía otra andrólatica posterior. Con la expresión de mágica, se quiere indicar ese nivel de existencia o consciencia de identidad pre-verbal, unitario y simbiótico, anterior a la aparición de las estructuras imaginativas mitológicas y el pensamiento racional. Los términos ginolátrico y andrólatico, designan pautas valorativas más psicológicas que sociológicas, y son anteriores a las posiciones del padre y de la madre en el gobierno matriarcal o patriarcal. La posición social del padre o la madre, se contempla aquí como expresión secundaria de una percepción más básica de los arquetipos femeninos o masculinos.

La transición entre estos dos mundos, se realizó por etapas diferenciadas, de diosa a dios, del panteísmo al teísmo, y luego al ateísmo o no teísmo. Esto significó algo más que un cambio de perspectiva cultural. Fue la conciencia misma la que ha evolucionado a través de cambios en la experimentación del mundo y en la idea de sí misma. Probablemente esto ocurrió, acompañado con cambios estructurales de adaptación en el cerebro.

El período ginolátrico es probable que abarque desde el pasado nebuloso hasta bien entrada la Edad de Bronce. Parece ser que el cambio definitivo al predominio de los valores masculinos se da alrededor de 2000 A. C., coincidiendo con el inicio de la edad heroica, cuando el hierro sustituye gradualmente al bronce. Es también el período de decadencia de la era mitológica y las divinidades masculinas sustituyen a la Gran Diosa como objeto central de culto.

*El mundo regido por la Diosa es mágico. Ella es madre e hija al mismo tiempo; es doncella virgen y prostituta; es señora de las estrellas de los cielos y así mismo, de la belleza de la naturaleza, de la fertilidad y poder nutricional de la tierra. Todo procede de ella y todo vuelve a ella, da la vida y la muerte. Asiste a la diosa un compañero masculino, un dios toro, ciervo, o macho cabrío (cornudo y fálico), que la complementa y asiste en los papeles de hijo, compañero de juegos y esposo-amante. Sus ciclos de nacimiento, muerte y renacimiento, encarnan las oleadas interminables de la vida física. Refleja la **totalidad andrógina** de la existencia natural, con sus opuestos de vida y muerte, que están contenidos e incluso abrazados en un continuo. Existen en el aquí y ahora.*

La experiencia del aspecto masculino de la conciencia, es por el contrario una experiencia de discontinuidad, contraste y oposición, que se subordina a la continuidad femenina, lo mismo que se subordina lo efímero a lo eterno, lo consciente a lo inconsciente.

El culto de la Gran Diosa alcanzó su pleno desarrollo durante la Edad de Bronce mitológica. Donde se adoraban las fuerzas divinas intrínsecas a la naturaleza, que se manifiestan, según las creencias en los humanos, los animales, las plantas, las piedras, la tierra, el cielo y las estrellas. Decía Sócrates: “los antiguos no se creían sabios y no tenían inconveniente alguno en escuchar a una roca o a un roble, con tal que dijese la verdad”. Fue la culminación del animismo y la religión

panteísta de la naturaleza. Dado que la documentación histórica y arqueológica es insuficiente, utilizaremos en nuestra reconstrucción los mitos.

Resulta tentador considerar inferior un enfoque de la realidad que no sea racional, sin embargo, los descubrimientos de la física en el siglo pasado nos han enseñado que nuestra visión de la realidad racional es bastante ingenua. Tenemos la mente estructurada para enfocar la realidad de una forma determinada, creando así una visión de las cosas, que por cierto, no es única, ni más válida que la realidad de otra forma de percepción. Los niveles mitológicos y mágicos de los substratos profundos de nuestra psique, aunque inconscientes para nuestro modus operandi actual, han de aceptarse como posibilidades vitales e integrarse en nuestra visión racional del mundo, para dar un paso hacia adelante en la evolución consciente y no retroceder a una nueva barbarie.

El concepto de “mágico”, necesita cierta aclaración en este contexto de utilización, de ninguna manera se refiere: a producir efectos con fuerzas sobrenaturales o por un dominio de fuerzas secretas de la naturaleza, etc. La consciencia mágica expresa aquí, la dinámica de las energías instintivas y afectivas en un marco de realidad unitaria; pasado presente y futuro no se diferencian; ni hay tampoco interior y exterior; cuerpo y mente; mismidad o alteridad. Lo que nuestra consciencia racional ha separado en dos mundos, exterior e interior, es aún, la misma cosa a nivel de percepción psicológica. En este sistema biopsíquico y organísmico, la unidad personal independiente es contenida como la célula en un tejido y éste en un organismo y sólo es viable funcionalmente por estar contenida en el sistema total y sostenida por él.

La fase mitológica de la conciencia, es un puente, del funcionamiento mágico al mental.

Cuando la lava ardiente del nivel mágico recibe el primer aire frío de la mente que discierne, se cuaja en formas, estas formas son las imágenes mitológicas, que aún hoy, en forma de mitos, continúan siendo un puente entre ambos mundos: el mágico y el mental. La corriente avanza y retrocede de modo constante entre la consciencia del campo unitario terrenal y las abstracciones aéreas del pensamiento.

Dice Joseph Campbell: “No sería excesivo afirmar que el mito, es la abertura secreta a través de la cual las energías inagotables del cosmos se vierten sobre las manifestaciones culturales del ser humano. Religiones, filosofías, artes, las formas sociales del hombre primitivo e histórico, los descubrimientos fundamentales de la ciencia y la tecnología, las mismas imágenes oníricas que inflaman nuestros sueños, se forman a partir del círculo básico y mágico del mito”

La evolución a la estructura mitológica, es el primer paso hacia un sentido de interioridad y de diferenciación del mundo exterior. La existencia se escinde en dos, el individuo comienza a sentirse con una identidad diferenciada (Geber, llama la atención sobre el hecho de que en las palabras: “yo soy Ulises”, aparece por primera vez el “yo soy”, en nuestras referencias históricas). Se ha producido el primer paso hacia la primera consciencia de la misma psique. Sin embargo la ambivalencia y la polaridad todavía permanecen en la experimentación del mundo. Como en los cuentos de hadas, en esta etapa los opuestos son incluyentes, no excluyentes. (A puede ser A y también no A). Aún no se aplica la lógica aristotélica. Una imagen puede estar a la vez aquí y ausente, ser del pasado y del presente, yo y no yo. Los ratones pueden convertirse en caballos, una calabaza en una carroza y así hasta el infinito.

En el Neolítico se produjo el paso de la vida nómada a la sedentaria, de la caza a la agricultura; se empieza entonces a dirigir (no a controlar) la vida natural. La experiencia interna del yo y sus límites se reflejan en los asentamientos cerrados y limitados de la época. Este centrarse en el interior implica un inicio de consciencia del yo y por ende también del tu, propiciando la formación de grupos sociales. Una primera consciencia social surge e impone orden y ética, expresada en ritos, danzas y celebraciones religiosas comunes

Al principio esta dualidad es aún, una polaridad. Permanencia y transitoriedad, vida y muerte, son aún aspectos de un gran ciclo ininterrumpido: representado por la diosa y su consorte niño que constantemente muere y es resucitado. Hacia el final de la era mitológica, la dualidad se convierte en dualismo, ya no hay polaridades, los opuestos se excluyen mutuamente. Los sexos están separados y se oponen; la luz se opone a la oscuridad; lo interior se opone a lo exterior y la vida a

la muerte. Se inicia así la era andrólatica. Pasan a predominar formas patriarcales de organización social y de prácticas religiosas. Gobiernan públicamente deidades masculinas, apolíneas y olímpicas. Los elementos dionisiacos oscuros y femeninos, relacionados con la tierra, sólo están presentes en los misterios. Luego con la transición a la época mental y al patriarcado pleno quedan totalmente proscritos, tachándose a sus seguidores de adoradores de demonios.

Hacia el final de la era mitológica, el ego se lanza a medir sus fuerzas con la naturaleza, no sólo hacia el exterior, sino también hacia el interior. El giro hacia el interior ha producido ese centro-ego que ahora se dispone a convertirse como el Dios del cielo, en el soberano absoluto y exclusivo. El "Yo soy el que soy" (Éxodo: 3 y 14) condena las imágenes grabadas, dicta mandamientos y establece normas tribales de tabú comunal. Luego las leyes se amplían convirtiéndose en una moral que se proclama de validez universal. Esta soberanía de una idea, en vez de una imagen concreta y visible era inconcebible e insólita anteriormente. Ahora el yo personal recién estrenado puede obedecer o desobedecer los mandatos divinos arriesgándose al castigo por desobediencia. Surge la responsabilidad personal por los propios actos y a la culpabilidad por desobedecer a Dios se suma a la vergüenza ante los semejantes.

El adiestramiento de la voluntad mediante la resistencia heroica se convierte en el ideal de esta era, introduciendo la fase racional del egocentrismo. El razonamiento adquiere una preponderancia creciente sobre el pensamiento imaginativo, mitológico e intuitivo; aunque, aún se basa en el afecto y todavía no se apoya en una valoración desapasionada. Probablemente en esta fase se produce la separación, en el funcionamiento, entre el hemisferio cerebral izquierdo y derecho.

En la fase mental o patriarcal del ego, el control de la agresividad y del deseo queda reservado a la ley moral. La mente racional pasa a ser el árbitro supremo. Y son fundamentales el rechazo y el menosprecio de: la deidad femenina (y, paralelamente, de los valores femeninos), los impulsos naturales y las emociones y deseos espontáneos. Reprimiendo y controlando las necesidades e impulsos naturales se desarrollan los primeros vestigios de un ego consciente. Sin embargo, el organismo psíquico reprimido sigue operando independientemente de nuestra conciencia racional, en lo que ahora llamamos dimensiones mágicas y mitológicas del inconsciente. Nuestras fantasías, imaginaciones, emociones e impulsos; nuestra consciencia instintiva y la participación mística con nuestro entorno, forman parte de esto. Aunque no nos demos cuenta, estos estratos inconscientes modifican, complementan y también bloquean nuestro raciocinio.

La fase heroica nos ha permitido avanzar en muchos planos del acontecer humano, con un gran desarrollo, científico y tecnológico, pero también ha tenido su gran sombra de destrucción, por lo que actualmente, es urgente que la fase heroica de la conciencia de un paso evolutivo, hacia la integración de las dos polaridades de la mente (es decir los dos hemisferios cerebrales).

La propuesta, no es regresar al mundo mágico de la Gran Diosa, sino integrar esos aspectos reprimidos en una consciencia de nosotros mismos y del mundo más amplia, donde el mito sirve como puente, que nos conecta con las raíces más profundas de la psique y nos acerca a una consciencia de unidad con todo lo que nos rodea. Este cambio de paradigma, donde el ego se vuelve más poroso, abriéndose en un abrazo amoroso hacia el otro y el mundo quizás nos ayude a comprender lo ilusorio de nuestra idea de separatividad, respecto a la naturaleza en su totalidad.

Es discutible que la fuente de inspiración fundamental para la evolución de la conciencia sean las imágenes míticas. Pero, suponiendo, que así fuera, el que las imágenes míticas alcancen su más completa expresión es de suma importancia para la evolución de la especie.

Bibliografía:

- El retorno de la diosa. Edward C. Whitmont. Paidós, 1982.
Dioniso y la diosa Tierra. María Daraki. Abada Editores, 2005.